

EL SELLO

Él lo tenía claro: nadie iba a decidir su destino. Era el baluarte de la individualidad, de su evolución y de su propio crecimiento. Cuando recibió la noticia de que iba a ser pegado a un sobre para el franqueo de una carta no pudo evitar una sensación de ahogo que le mantuvo ocupado en su angustia durante un buen rato.

Él siempre había querido ser el dueño de su porvenir, el dueño de sus decisiones, y siempre había temido que llegara este momento, el momento de ser robado de sus expectativas de vida, de ser arrancado de la hasta ahora su morada... para ser pegado a un sobre.

No entendía en nombre de qué o de quién tenía que perder su trayectoria voluntaria, para acabar estampado en un sobre, en cuyos adentros podía haber cualquier escrito, cualquier factura, historia de no sé quién, o vete a saber qué instrucciones para algún oscuro cometido.

Conteniendo la respiración, se dejó coger entre los dedos de aquel desconocido, que se lo acercó a la lengua para humedecerlo.

“¡Me están escupiendo!” -exclamó el sello-

“¡Me han llenado de babas, qué asquerosidad, menudo menosprecio, ya decía yo que no quería meterme en esto, por qué me tienen que escupir!”

El sello se sentía babeado, asqueado, menospreciado y escupido.

“Pues a mí no me van a doblegar, yo quiero vivir mi vida, la que yo elija, nadie me va a imponer mi destino”.

Hecho una sopa, tuvo fuerzas para levantarse, cuando de pronto, recibió un fuerte golpe que le aplastó contra el papel blanco.

“¡Ahhhh, socorro, ayúdenme, que me matan! ¡Me están golpeando! ¡Me quieren matar!”

El golpetazo le había dejado mareado y casi pierde el conocimiento, pero él no quiso dormirse, para él perder la consciencia era perderlo todo, dejarlo todo en manos de los demás, y su amor propio le hizo sobreponerse de alguna manera. Estaba empapado, con un golpe que casi le rompe en mil pedazos, pero orgulloso empezó a incorporarse lentamente.

Con la consciencia alterada, y el cuerpo magullado, apenas podía despegarse y permanecer en pie.

Él no quería ser tratado de esa manera, y no alcanzaba a entender el porqué de todo ello, qué había hecho a los demás para que le trataran así. Lo único que quería era que le dejaran hacer su vida en paz, que no le molestaran, ya que él no se metía con nadie.

De pronto notó un fuerte olor que le mareaba, era asqueroso, y le embotaba los sentidos, y quedó impregnado de una capa pegajosa de la que no podía liberarse.

“¡Me están drogando, me mareo, no puedo más!”

El pegamento acabó por dejar a nuestro sello inconsciente, hecho un asco, y totalmente adherido al sobre.

Su destino estaba dominándolo, algo contra lo que siempre había luchado para que no ocurriera. Estaba en vías de seguir el camino marcado para todos los demás sellos, sin poder elegir, sin poder explorar otras oportunidades y sin poder llegar a hacer algo distinto, algo fuera de los esquemas impuestos por el aprendizaje, las culturas y las normas sociales. Su lema más repetido era cambiar el “qué dirán” por el “qué diré”.

Y ahora no podía decir nada, porque estaba anulado, aplastado contra el sobre, desvanecido y sin poder enterarse de nada, pues el pegamento le sumió en un profundo sopor.

Cuando despertó estaba en un lugar amplio, oscuro y donde había una cantidad enorme de sobres, cada uno con sus sellos. Estaba en la calle, dentro de un buzón y a la espera de ser recogido por el cartero, otro elemento más en la oscura organización que había decidido dirigir el destino del sello. Eran muchas las piezas que jugaban en su contra, y cada vez se le hacía menos fácil el poder tutelar su propia existencia.

Poco a poco se fue espabilando y dando cuenta de dónde estaba.
“El efecto de la droga se me está pasando, espero que no me queden secuelas, me han narcotizado para poder traerme aquí, ¡esto es como un campo de concentración, está lleno de sobres, tengo que salir de aquí!”

El sello miró hacia arriba, y vio cómo por la rendija del buzón entraba un rayo de luz, tenue, pero que alumbraba lo suficiente como para ver que una de sus esquinas estaba ligeramente despegada.

“¡Esta es mi oportunidad, me lo estoy jugando todo y tengo que escaparme como sea!”

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, o sobresellano, empezó a moverse primero por la esquina despegada, la que le abrió la vía de la libertad, y poco a poco fue despegando las demás esquinas, que quedaron al aire. Pero quedaba lo más difícil, despegar el centro, su centro, que tantos quebraderos de cabeza le daba, él que toda la vida presumía de estar centrado en sus ideas, él que condicionaba la propia realización del ser al centramiento personal, era ahora el centro lo que más le pesaba, lo que no podía despegar. Ahora resultaba que supreciado “centro” no era lo que él más dominaba, sino lo que más le imposibilitaba.

Tan sólo le quedaba esperar, esperar que el destino no fuese demasiado cruel con él. El sello cogió aire y dio un suspiro de cansancio, de impotencia y de dejadez.

De repente, una luz cegadora invadió el interior del buzón. Era el cartero, que había abierto la puerta para coger la saca con los sobres. Era el fin, el fin de nuestro personaje, anclado como estaba su centro a la carta él no podía hacer más. Cuanto más luchaba, mayor era su desesperación porque más se volvía todo en su contra.

El cartero cogió la pesada saca y los sobres se empezaron a mover y a chocar unos contra otros. Era lo único que le faltaba al sello, ser zarandeado y vilipendiado.

Los golpetazos contra las esquinas de los sobres eran terribles, y uno de ellos le impactó de lleno. El encontronazo “movió” literalmente al sello y éste empezó a notar cómo ahora estaba más suelto, tenía las esquinas en el aire y el centro ya no estaba tan adherido como antes.

Olvidando sus dolores y sus heridas se removía entre los restos del pegamento. Era su oportunidad, quizás la última posibilidad que tenía para poder escapar de aquel infierno y había que aprovecharla. Cogió aire y sacando fuerzas de flaqueza empezó a agitarse y removerse con energía hasta que consiguió lo que parecía imposible: ¡estaba suelto! ¡lo había conseguido! ¡se había despegado del sobre!

Ahora ya todo dependía otra vez de él, ahora ya podía volver a ser él mismo, pero ahora tenía que salir de ahí. Con gran destreza empezó a trepar por la montaña de cartas hasta que pudo llegar a la cima, a la parte alta de la saca de correos, a la salida hacia la libertad. No lo pensó más, y nada más llegar a lo alto se lanzó al aire.

Ya fuera de la saca, el sello fue planeando suavemente, con ligeros vaivenes, hasta quedar tumbado en el suelo. Esta vez no había habido golpe, y se quedó unos momentos descansando de tanto alocamiento.

Pero lo que importaba era que ahora ya estaba libre, que otra vez era el dueño de su destino, y que la vida le volvía a sonreír. Se levantó, y empezó a caminar, orgulloso de poder haber sobrevivido a tanta locura.

¿Qué nueva vida le esperaba a nuestro sello? ¿Qué horizontes tendría por delante? Lo más importante estaba hecho, él tenía las ideas claras y sabía lo que quería: dirigir su propio destino.

Al sello no volvimos a verle más. Fue en busca de su ansiada libertad. Pero, ¿y la carta? A la carta le faltaba el sello, y no pudo llegar a su destinatario.

Además, nuestro sello se había olvidado de un detalle: en esa carta, pegados al sobre, *había más sellos*, y ellos tampoco pudieron llegar.

Nuestro sello, baluarte de la libertad individual, luchador interior donde los haya, estaba tan empeinado buscando su desarrollo personal que se había olvidado de que en esa carta también había otros sellos pegados.

Y llegados a este punto, la historia se divide en dos, como nos ocurre a veces a nosotros. Dos historias, dos posibilidades, dos formas de ver las cosas, dos finales de un mismo cuento. Que cada uno escoja la que más le guste, y la otra, bendita sea también, pues todo forma parte de nosotros.

I) Nuestro sello quería ser dueño de su destino, y en su empeño impidió que los demás llegaran al suyo, porque sus compañeros sí que aceptaban el cometido que tenían preestablecido.

En sus ansias de ser él mismo, el sello tenía un grado de egoísmo que confundía con su libertad individual.

A nuestro personaje no le había importado nunca la vida de los demás, ni siquiera se dio cuenta de los compañeros que estaban a su lado mientras estuvo pegado al sobre.

Se fue buscando únicamente lo suyo, y no miró nunca hacia atrás para ver lo que dejaba a su alrededor.

II) El sello era el arquetipo del eterno buscador, y mucha gente le había llamado "egoísta" al lo largo de su "planchada" existencia. Pero eso no es egoísmo. Cada ser, en su individualidad, tiene la libertad, el derecho, y quizás el deber en lo sutil de vigilar su crecimiento, modelar su propia personalidad y en definitiva, tallar su propio trayecto. Y cada uno tiene el suyo, para hacer de él lo que prefiera.

En el fondo tenía razón,
"tenía mucho camino por recorrer".

Mikel Gil